

INTRODUCCIÓN

La Biblia sigue siendo un referente cultural –el referente por excelencia– en nuestra sociedad. A pesar de los grandes avances técnicos de las últimas décadas, las cuestiones antropológicas que el ser humano se plantea son las mismas de siempre. Una de las más acuciantes es la que interroga al hombre individual, y a la sociedad en su conjunto, sobre el mal, la violencia, la muerte. Estas cuestiones también están en el interior de la Biblia. Desde sus primeras páginas ofrece respuestas a esas preguntas. La historia de Caín y Abel es un buen ejemplo.

En efecto, el asesinato de un hermano por otro (...) no requiere, en sí, apenas explicación en cuanto a la naturaleza misma del acto y de su designación. Ahora bien, este relato se ha vuelto particularmente significativo por el lugar que ocupa, por ser el primer relato de asesinato, el primer fratricidio en el seno de la primera fratría que designa a un primer hijo primogénito y a un primer hermano menor en la primera generación nacida de los primeros padres. Este trasfondo de primogenitura y, por consiguiente, de primado en la sucesión de las generaciones, lo carga, por así decirlo, con un peso de significación del que da testimonio el efecto que sigue produciendo todavía hoy y del que da testimonio la simbología que, de una manera más o menos consciente, se le otorga¹.

Pero, el texto bíblico debe leerse como un todo. El cristiano sabe el final de la historia, sabe que la respuesta definitiva a esas preguntas fundamentales del hombre ha sido dada por Dios a través de su Hijo encarnado. Por eso, el misterio pascual está presente en la lectura de

1. P. GIBERT, *Biblia y violencia: la esperanza de Caín*, Mensajero, D. L., Bilbao 2007 [traducido por M. M. Leonetti], p. 25.

cualquier pasaje de la Biblia. La consideración de ese *misterio*, la esperanza de su consumación escatológica definitiva, y su influjo efectivo y vivificante en el presente concreto, posibilitan una lectura adecuada del texto sagrado.

La historia de los dos hermanos, hijos de la primera pareja, contenida en el inicio del cuarto capítulo del Génesis, es la primera reflexión bíblica sobre la violencia. Tras los dos relatos de la creación y la narración del pecado de origen, llega la historia del primer fratricidio. La historia de Caín y Abel sigue teniendo actualidad, se repite una y otra vez en la historia de la humanidad. Precisamente por su actualidad, la narración de Gn 4,1-16 ha sido leída y reinterpretada en el curso de la historia. Y cada lectura acaba con un enriquecimiento del pasaje, resaltando un determinado aspecto, concretando otro que hasta el momento estaba abierto, etc.

La historia de Caín y Abel habla del primer pecado cometido por el hombre caído. La violencia es algo que se da en y desde los orígenes. Se produce en el seno de la familia, entre iguales. El porqué de esa violencia no queda totalmente explicado. Lo que el texto muestra es que sólo a Dios le compete el juicio. El texto manifiesta con claridad el rechazo divino a la venganza. El juicio se producirá, sin duda, pues la culpa no queda impune, el culpable no puede esconderse.

El pecado de Caín supone un ahondamiento en la radicalidad del primer pecado y es, además, una de sus lógicas consecuencias. El nuevo estado de cosas que resulta del pecado de Adán y Eva se extiende muy pronto a las múltiples facetas de la vida humana. La enemistad del hombre con Dios y con la creación, así como entre hombre y mujer, se prolongan ahora a las relaciones entre los hombres, entre iguales. Partiendo de la ruptura fraterna, cuyo paradigma será el asesinato del inocente, del débil y del desvalido, la historia de Caín y Abel realiza un conjunto de afirmaciones interesantes, aunque deja algunas cosas sin explicar. Habla de la justicia divina, que se conjuga en su actuación con otro atributo divino aparentemente contrapuesto: la misericordia. Dios quiere el bien, pero permite el mal de un modo misterioso. Al mal responde con castigo, pero el castigo que aplica es limitado, busca el bien del culpable.

Gn 4,1-16 toca temas muy profundos desde el punto de vista antropológico, moral y religioso. No debe extrañar que, muy pronto, entre los autores cristianos, ya se intuyese la imagen de Jesucristo oculta en este pasaje. La sangre del justo Abel se relaciona con la de Cristo, derramada en el Calvario, mostrándose como una imagen anticipada del misterio pascual.

La gran pregunta que el texto plantea al lector es sobre la *parcialidad* divina. ¿Por qué Dios acepta a Abel y *su ofrenda* y no a Caín y *su ofrenda*? En una lectura ceñida al texto de Gn 4,1-16, como hacen notar todos los comentarios exegéticos, no se dice la causa de la preferencia divina.

Todo comienzo, que se supone que aporta el fundamento y la explicación de una realidad, se encuentra interrogado a su vez sobre sus causas. De ahí el riesgo de una vaguedad que apremia o bien a la *decisión* de un tope último (en el Génesis, sería el *primer* relato de creación), o bien a la elaboración de un relato, como quizás sea el caso, al menos en parte, en la relación que mantiene la historia de Caín y Abel con la de Adán y Eva, especialmente en Génesis 3².

El texto ciertamente tiene algunos puntos ambiguos. Es cierto que Caín acaba matando a su hermano, y la lógica de la psicología impulsa a pensar que llegó a ese punto movido por celos o envidia, motivados por la preferencia divina hacia Abel, pero el texto no dice nada de eso. Otra comprensión posible es que la maldad previa de Caín implique la incapacidad de agradar a Dios, pero el texto tampoco dice eso. El relato dice que Caín se entristeció al no ser aceptado él y su ofrenda, pero no debemos deducir de ello que se produjese un rechazo total de Dios; de hecho, la advertencia de Dios (cf. Gn 4,7), intentando evitar el desastre, es una buena muestra de ello. El texto parece, más bien, situarse a medio camino entre un rechazo de Caín por parte de Dios, debido a una hipotética maldad previa a su ofrenda, y una valoración positiva de Caín, anterior al fratricidio, considerando su reacción como respuesta *desmedida* ante la *parcialidad* divina.

Tiene mucho interés la advertencia que Dios dirige a Caín. Es significativo que el texto establezca una fuerte relación entre la *mirada* de Dios y el *rostro* de Caín —su situación interior—, es decir, entre el estado de relación de Caín con Dios, con su hermano y con la tierra. Otro aspecto que conviene destacar es que una de las palabras más repetidas en Gn 4,1-16 es *hermano* (siete veces). La narración nos habla de fraternidad, de responsabilidad y de pecado, también de arrepentimiento. Un momento de especial intensidad ocurre cuando Dios pregunta a Caín: «¿Dónde está tu hermano?». Este será un tema fundamental en toda la tradición judeocristiana.

Hasta el siglo XIX los intérpretes del pasaje veían en el texto una historia individual, un relato antiguo con unos personajes, una trama

2. Ibid., nt. 6, pp. 26s.

y una enseñanza nítidas. Los lectores no se preocupaban del origen del relato o de si podría tener un determinado carácter etiológico. Sin embargo, la crítica reciente ha querido ver una relación directa entre este fragmento bíblico y una historia de los orígenes del misterioso pueblo *quenita*³. Caín sería un héroe legendario que se sitúa en un tiempo remoto y que explicaría el origen de este pueblo. Esta hipótesis propone considerar el origen de la perícopa como una narración de tipo etiológico y que podría haber pasado al texto bíblico con algunas modificaciones. Este planteamiento *colectivo* de la interpretación del texto se basa en las misteriosas referencias bíblicas acerca del pueblo *quenita* –relacionado a su vez con los *madianitas*–. Para otros estudiosos que sostienen la interpretación *colectiva*, los parecidos del pasaje de Caín y Abel con la historia de *Rómulo y Remo* se podrían explicar gracias a influencias culturales de relatos etiológicos de pueblos más o menos lejanos. En la exégesis judía y católica el planteamiento colectivo no ha tenido casi eco. Una interpretación *individual* tiende a extraer una enseñanza moral, religiosa y antropológica, una visión *colectiva* se mueve más en el estudio de la *historia de las religiones*.

En el imaginario del hombre del antiguo medio oriente podría estar como trasfondo de la historia de Caín y Abel algunos relatos de la mitología sumeria⁴. De toda esa literatura conviene destacar el poema *Dumuzi y Enkimdu: la disputa entre el dios-pastor y el dios-granjero*⁵.

3. El pueblo *quenita* era una tribu nómada situada al este del mar Muerto que adoraba al mismo Dios de los hebreos, aunque no formaba parte del pueblo elegido. Ese pueblo tuvo cierta relación con los hebreos en los primeros momentos de la conquista de la Tierra. Una referencia clara a este pueblo es Nm 24,21. En Ex 2 se habla de Reuel, el madianita, como el suegro de Moisés. A partir del capítulo 3 se le llama Jetró. En Nm 10,29 se habla de Jobab el hijo de Reuel, el madianita. En Jue 1,16;4,11 aparece referido Jobab como un quenita. Curiosamente se le considera suegro de Moisés. Todo parece indicar que estas diferencias manifiestan diversas tradiciones que se respetaron en la redacción del libro. Cf. M. NOTH, *Historia de Israel*, Garriga, Barcelona 1966, pp. 67s.

4. «El motivo del fratricidio ocurre a menudo en el mundo de la literatura. Gunkel cita a Osiris y Seth, a los hermanos de 2 Sam 14,6, a los fenicios Hypsuranios y Usoos, a Rómulo y Remo, a Eteocles y Polyneices y concluye que el tema debe haber provocado la imaginación literaria de varias culturas: esos que deberían amarse entre sí se han convertido en los más empeñados en una total lucha destructiva» (K. M. CRAIG (JR.), «Questions Outside Eden (Genesis 4,1-16). Yahweh, Cain and Their Rhetorical Interchange» en *JSOT* 86 (1999) 107-128, p. 119 nt. 23).

5. Cf. J. B. PRITCHARD, *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament (Third Edition with Supplement)*, Princeton University Press, Princeton-New Jersey 1969, pp. 41s. Pritchard ofrece en nota a pie de página la referencia a otras narraciones similares que se pueden consultar en la conocida obra de Samuel N. Kramer. Ejemplos de esas narraciones son «Emesh and Enten» y «Cattle and Grain» (cf. S. N. KRAMER, *Sumerian Mythology: a Study of Spiritual and Literary Achievement in the Third Millennium B.C.*, Harper & Brother, New York 1961, pp. 49-51 y 53s.).

Este poema sumerio, encontrado en 3 tablillas en las excavaciones de Nippur y publicado en 1948, suele fecharse en época acadia (ca. 2.000-1.500 a.C.). Llama la atención algunas coincidencias con la historia del Génesis. Sin embargo, como es habitual en este tipo de comparaciones, lo que más destaca son las diferencias. En resumen, la historia cuenta cómo la diosa Inanna desea casarse con el semidios-granjero apacible y pacífico Enkimdu. Sin embargo Dumuzi, el hermano de Enkimdu, semidios-pastor desea con pasión casarse con Inanna. Cuando ésta lo rechaza, acude al dios-sol Utu (hermano de Inanna) para que éste interceda. En este punto se establece una reyerta verbal entre el agresivo Dumuzi y el pacífico Enkimdu en la que Dumuzi, lleno de un cierto complejo de inferioridad y frustración ante el rechazo que ha sufrido, describe sus virtudes y reta a su oponente a que demuestre su superioridad. El final de la historia es muy pacífico y lleno de reconciliación. Inanna cambia de parecer y se casa con Dumuzi y el mismo Enkimdu asiste a la boda y trae como dones ofrendas de sus productos y ofrece parte de sus tierras como pastos a su hermano. Es llamativo el cambio de personajes respecto de la historia de Caín-granjero y Abel-pastor. Llama la atención lo concreto de la narración, pues no posee lagunas y acaba bien. No hay preguntas ni deja cosas sin explicar. Además no expresa un drama que pueda usarse para expresar elementos profundos de la existencia humana. Desde luego, esta antigua historia y otras parecidas de la cultura antigua de oriente medio pueden estar en el origen de Gn 4,1-16, pero cabe destacar que la historia de los dos hermanos del libro del Génesis posee unas virtualidades especialmente singulares. Podemos percibir cierta continuidad entre ambas historias, pero lo llamativo es percibir la discontinuidad y, sobre todo, la repercusión futura que implicarán las sucesivas relecturas de Gn 4,1-16 a lo largo de la historia.

Desde una perspectiva teológica, lo que más interesa es abordar el texto como un relato simbólico en un tiempo *primordial*, con carácter profundamente religioso. La intención de este trabajo de investigación consiste en realizar un estudio de la perícopa que recoge la historia de Caín y Abel desde una perspectiva interdisciplinar. El esfuerzo se centrará en realizar un recorrido histórico a lo largo de las sucesivas comprensiones e interpretaciones del pasaje hasta el inicio del siglo IV. Ese recorrido se iniciará con un análisis detallado del texto de Gn 4,1-16. En ese análisis se irán perfilando ya las líneas esenciales presentes en las sucesivas relecturas. En este recorrido histórico se pondrá atención a las fuentes de literatura intertestamentaria y a la importancia de la crítica textual y del conocimiento de las distintas versiones que se

conservan de la transmisión de la perícopa. El uso de la metodología canónica será otro elemento esencial del presente estudio, así como el análisis de los principales textos patrísticos en los que se alude o cita Gn 4,1-16.

Esta monografía es el resultado de una investigación que presenté como tesis de doctorado en la Universidad de Navarra. He actualizado la bibliografía y algunos aspectos más. Mis agradecimientos al Dr. Francisco Varo, que dirigió mi trabajo, y a otros muchos –resultaría demasiado prolijo enumerarlos aquí– que me ayudaron y acompañaron en el camino.